



INCENDIOS FORESTALES, "INTENCIONADOS"

EN el número 626 de TRIUNFO, el señor Jaime Fons, de Clariana (Lérida), nos dice cosas interesantes sobre incendios forestales, referidas más a la forma de extinguirlos, cuya técnica empleada en tiempos pasados se averigua que resultaba de mayor eficacia que la usada en el presente. Parece increíble, pero debe ser cierto, por cuanto lo dicho por el señor Fons lo corrobora el hecho, puesto de manifiesto, de que haya grandes calveros por los montes. No entra el señor Fons, lo dice, a referirse a las causas posibles de los incendios, porque «han sido enumeradas oficialmente repetidas veces».

Al leer el comentario citado sobre el tema de los fuegos producidos en los montes, auténtica calamidad nacional que obsesiona, me acordé de unos sucesos presenciados recientemente, pero que, por haberse hecho ya tan frecuentes, se habitúa uno a ellos y termina casi insensibilizándose. Siempre que veía imágenes en TVE o leía en los periódicos las descripciones de los fuegos forestales (uno más de tantos males absolutos), me preguntaba por sus posibles causas, respondiéndome a mí mismo que sería cosa de imprudencia de los automovilistas, por arrojar colillas de cigarrillos sin miramiento, y también por descuido involuntario a veces, sobre las orillas de las carreteras donde hay pasto seco, que prende con facilidad y lo mismo se propaga la llama.

No creo que esté descartada la posibilidad de que sea ésta una de las causas que origina muchas de las hogueras ni de que sea también un peligro fácil de atajar, dado que son cientos de miles los automóviles que circulan por las carreteras. Mantenía esta idea central sobre la catástrofe que supone cada incendio forestal, más en un país como el nuestro, casi desértico, donde sería necesario sembrar bi-

llones de árboles de varias especies para repoblarlo.

Al atardecer del día 18 de agosto, en Port de la Selva, estando sentados en la terraza tomando el fresco, vimos cómo surgían llamas y humaredas un poco por encima de Llansá, sin duda en las proximidades de la frontera francesa. Dada la hora en que los incendios se produjeron, era fácil calcular que durarían, por lo menos, toda aquella noche, aunque creo que duraron otras dos más, con sus días, prácticamente hasta extinguirse por falta de alimento.

Al día siguiente, es decir, el 19, yendo en tren desde Llansá a Port Bou y por Cerbere hasta Banyuls sur Mer, se veía la nube de humo negro que, empujada por el viento de no más que mediana tramontana, se perdía lejos, dentro del mar. Helicópteros franceses vigilaban las montañas cercanas a Banyuls, y cuando por la tarde nos volvimos a Port de la Selva, continuamos viendo desde aquella atalaya el espectáculo devorador. Si eran llamas lo que se divisaba, era porque el fuego principal se desarrollaba sobre las crestas de las sierras, y cuando veíamos solamente el humo era seguro que el fuego estaba en los valles o en las laderas opuestas. Los coches aparcados en Llansá y sus alrededores quedaron cubiertos de ceniza y morceñas.

Dando un paseo, otra tarde llegamos a La Selva, lugar que en tiempos aún no remotos debió hacer honor a su nombre, pues los ancianos todavía recuerdan un gran bosque de encinas, robles y alcornoques, especies de las que ahora quedan alguna escasa muestra. Según nos dijeron, y no imposible de creer, era tal el espesor de los árboles, que en los tiempos en que aquellos parajes fueron dominio de los fraltes corsarios de San Pedro de Rodas, cuenta la tradición que encendían una vela en el monasterio, en días de tramontana, y no se apagaba hasta salir a descu-

bierto, en la embocadura del puerto.

Oyendo esta alucinante versión que nos tenía admirados, comentamos, al propio tiempo, sobre las causas originarias de los incendios forestales, que nosotros atribuimos, principalmente, a descuidos de los veraneantes. Pero cuál sería nuestra sorpresa al oír que nos decían no solamente que estábamos equivocados, sino que nos dijeron, ni más ni menos, que «los incendios eran intencionados».

Ante las muestras que diéramos de asombro y hasta, como puede suponerse, de incredulidad, de que los fuegos pudieran ser provocados intencionadamente, nos explicaron los «motivos» que inducían a los incendiarios de los montes de aquellos contornos para hacerlo así, así como la época más idónea, lo mismo que la hora, próxima ya al anochecer. Por muy aprisa que la extinción se intentase no podría dar comienzo hasta el día siguiente de madrugada, con lo que ardiendo toda una noche y según cuál fuera la dirección del viento, podía asegurarse que se hacía limpieza de algunos cientos de hectáreas de matorrales, espacio acaso suficiente para lograr el propósito que se pretendía. Los fuegos, aquellos de la región gerundense, suelen surgir siempre en tres o cuatro focos al mismo tiempo, y ni demasiado alejados ni demasiado próximos unos de otros, perfectamente calculados. El cuidado de atajarlos, controlarlos y extinguirlos es cosa que queda a cargo de los posibles perjudicados, con lo que rara será la vez que no sobrepasen los límites de lo deseado.

La época en que las hogueras se prenden, está también calculada, suele acontecer entre el 15 y el 30 de agosto, cuando aparece señal de llegada de las primeras lluvias, pues el agua caída sobre la tierra calcinada hace que brote la hierba y se formen pastizales para alimento de los rebaños de vacas

venidas de no sé dónde, que se extienden por los montes durante una larga otoñada.

El pueblecito de La Selva está enclavado en un hoyo, al fondo de la última ladera de un gran cerro, cuya espalda da vista a la bahía de Rosas, y de esta parte, por algún desfiladero pasan manadas de bóvidos, hasta más de un millar a veces, que seguramente serán vigilados a gran distancia, pues el evitar que causen daños en los valles bajos es cosa que han de hacer los propios interesados de sus siembras, que, por lo demás, se libran muy bien de causar males mayores a los animales, porque siempre se enteran los invisibles guardas, sin duda poderosos. Hace dos o tres años surgieron, como por arte de encantamiento, los últimos incendios por encima del pueblo.

Entre Port de la Selva y Cadaqués, hasta el mar, hay un macizo rocoso de ochenta o cien kilómetros cuadrados, estribación última de los Pirineos orientales, comunicado si no es por caminos de herradura, donde la repoblación forestal se hizo plantando unos cientos de miles de pinos, que arrieron casi todos hace no sé si tres o cuatro años. Según me dijeron, se dan buenos pastos, a pesar de la rocosidad del terreno. Hasta hace pocos años hubo también grandes extensiones de viñedos, aunque éstos desaparecieron por otras causas que algún día se calificarán acaso de calamitosas, pues no dejan de serlo.

No sabría decir si por falta de imaginación o por qué otra causa, las repoblaciones aquí, en España, se hacen a base de plantar pinos piñoneros y eucaliptos, especies estas que dejan los terrenos esquilados, de tal forma, que no veréis una brizna de hierba que pueda alimentar ganado, siendo así que los animales son necesarios. Todo ello, lamentable. ■ MANUEL SANCHEZ.